

de varias azucareras, la ampliación selectiva de las restantes y la creación de otras nuevas; asimismo, se hacía obligatoria la instalación de equipos de pago por riqueza y de descarga mecanizada en todas las fábricas, mientras que las de nueva creación deberían estar dotadas de técnicas modernas para la conservación de la materia prima, difusión continua, encalado y carbonatación en proceso continuo, filtración en vacío, contrastación de la cocción por sistema automático, centrífugas automáticas con distribución de cargas con sistema electrónico, desecación de azúcar y envasado automático, etc. En conjunto, el Proyecto preveía que en el año 1978 funcionasen 36 fábricas con una capacidad de molienda instalada de 108.650 Tm/día (3.018 Tm/día de media por fábrica). Con dicha capacidad se pretendía, previsiblemente en la campaña 1972 o 1973, alcanzar el autoabastecimiento, pues se esperaba una producción de raíz de 5,8 millones de Tm a corto plazo, en 1971, y de 8,7 millones a largo, en 1978 (Vid. cuadro 52).

Se trataba del primer gran proyecto de reorientación conjunta del sector emanado desde la Administración, que, por otro lado, adolecía de una considerable falta de previsión, toda vez que no contempló el reajuste espacial determinado por el declive definitivo del Ebro, el surgimiento con fuerza de otra gran zona en Andalucía Occidental y la consolidación del Duero como la región remolachero-azucarera por excelencia.

2. LOS REAJUSTES EN EL MAPA REMOLACHERO NACIONAL

El incremento de la producción azucarera en los años sesenta produjo una completa redefinición del mapa remolachero nacional. Por un lado, en el Ebro tiene lugar un proceso inusitado de desmantelamiento fabril y abandono del cultivo, que, aunque no homogéneo, sí fue general. No obstante, el relevo en las zonas septentrionales había sido tomado ya, de una manera efectiva, por la región del Duero. Sin embargo, más espectacular, por su carácter concentrado en el tiempo,

fue el surgimiento, con un empuje impresionante, de una “zona particular” en Andalucía Occidental; a la par que el cultivo iba desapareciendo de Granada, los secanos gaditanos y sevillanos se convirtieron en la región remolachera más dinámica y con mayores expectativas por las favorables condiciones del cultivo y el afianzamiento de las instalaciones fabriles.

Todo ello fue el resultado de un combinado de factores tanto agronómicos como estratégicos, que determinaron, a la postre, un reacomodo espacial de las principales empresas azucareras, centrándolo su expansión en aquellas regiones mejor preparadas.

a) Redefinición espacial de las áreas de cultivo

El proceso de cambio espacial durante los años sesenta es fácilmente constatable a través de la dinámica de las siembras y producciones, así como de los reajustes en la capacidad de fabril.

1.º *Cambios en la distribución provincial de la superficie dedicada a la remolacha*

Si establecemos una comparación entre el mapa adjunto (Vid. figura 31), correspondiente a la superficie ocupada por la remolacha en las provincias españolas durante la campaña 1970-71, y el del decenio anterior (Vid. figura 19), se puede comprender la magnitud de los cambios espaciales en el cultivo y la producción durante esa década.

En la campaña 1961-62, Zaragoza, con 17.500 ha, era la provincia remolachera más importante del país y junto a Navarra, Logroño y Huesca, manifestaba la gran relevancia de la zona Ebro. No obstante, ya entonces el Duero aparecía como la región más pujante, de lo que daba fe la extensión que estaba adquiriendo la remolacha en provincias como Valladolid, León, Burgos, Palencia, etc. Por otro lado, en el Sur, junto a Granada, despuntaban, aunque a la zaga de las anteriores, Sevilla y Cádiz.

Una década más tarde, campaña 1970-71, la situación del mapa remolachero ha variado sustancialmente (Vid. cuadro 53). Frente a provincias como Zaragoza, que por estas fechas cultiva tan sólo 6.630 ha de remolacha, la de Cádiz destina más de 51.000 ha, una superficie jamás alcanzada por ninguna otra, convirtiéndose en la provincia remolachera por excelencia al acaparar, por sí sola, el 25% de la remolacha cultivada en el país; le siguen Sevilla, con 32.540 ha y Córdoba, con 16.600 ha. De esta forma, en los primeros años de la década de los setenta, Andalucía Occidental se ha convertido ya en la “región estrella” dentro del panorama remolachero-azucarero del país, con 100.935 ha, prácticamente la mitad de la superficie nacional. Por su parte, en los regadíos del Duero, destaca la importancia, aunque no comparable ni cualitativa ni cuantitativamente, de Valladolid, con 21.840 ha, León con 17.510 ha y Burgos con 12.000 ha.

Y es que durante la década de los sesenta, las tendencias apuntadas a finales de la anterior van a desarrollarse de manera meridiana. A medida que el consumo crece y se hacen más evidentes las necesidades de producción de azúcar, el reparto de cuotas remolacheras va a primar a las zonas con mayor capacidad de respuesta.

2.º *La distribución de las cuotas azucareras y la evolución de la producción de remolacha*

El reparto oficial de las cuotas azucareras por regiones refleja el reconocimiento de la Administración de los cambios espaciales habidos en el decenio (Vid. cuadro 54). Así, se pone en evidencia el retroceso de la zona Ebro, ya que si en la campaña 1962-63 se le había asignado un cupo de 1.440.000 Tm (el 39,13% del total nacional), en la de 1969-70 tenía 1.325.000 Tm (el 25,4%). Sin embargo, no toda la región presentaba un panorama idéntico. Mientras en la zona séptima (Alava) el cupo de producción se duplicó en las siete campañas que median desde 1963-64 hasta 1969-70, pasando de las 200.000 Tm a las 400.000 Tm, la zona primera (Aragón) des-

cendió desde 1.110.000 Tm hasta 800.000 Tm; y lo mismo ocurrió con la zona novena (Huesca), 140.000 Tm en la primera campaña y 125.000 Tm en la segunda. Por ello, al final del proceso, las pérdidas y avances aparecen compensados en términos absolutos para la región del Ebro.

Paralelamente los cupos asignados al Duero en este período pasan de 1.580.000 Tm a comienzos de los sesenta a 2.440.000 Tm al concluir el decenio (un incremento del 54,4%), llegando a acaparar el 45,6% de la producción nacional, cuando cinco campañas antes apenas si llegaba al 40%. Al inicio de los setenta prácticamente la mitad de la remolacha nacional procedía ya de la zona Duero, aunque también hubo reajustes internos, sobre todo entre las zonas cuarta y quinta, ya que partiendo de proporciones semejantes en cuanto a asignación de cupos (16,3 y 16,9% en la campaña 1962-63), se observa un progresivo distanciamiento entre ambas a partir de 1965-66 (26,04 y 21,88% respectivamente) que concluyó en la campaña 1969-70, en la que la zona cuarta (Castilla) tuvo un cupo de 1.350.000 Tm (el 25% del total nacional), mientras que el de León fue de 1.030.000 Tm (el 19% del país). Burgos, zona décima, presenta una evolución apenas modificada, ascendiendo en términos absolutos en 10.000 Tm aunque descendiendo en términos relativos en 11 décimas.

Por otro lado, las zonas andaluzas presentan en este período un comportamiento marcadamente desigual. Por una parte, se produce un claro retroceso, partiendo de niveles muy bajos, de Andalucía Oriental, cuyo cupo, que representaba el 12% del nacional en la campaña 1963-64, descendió hasta el 6,16% en 1969-70 (de 480.000 a 325.000 Tm). Una situación contraria a la de Andalucía Occidental, con una evolución realmente asombrosa a partir de la campaña 1967-68: si en 1963-64 tenía 300.000 Tm de cupo (el 7,5% del nacional), en 1968-69 alcanzaba 1.000.000 Tm (el 18,94%). Por último, la región Centro seguía conformándose como una zona marginal, ya que apenas si representa el 5% del cupo total de azúcar.

Estas cifras, que corresponden a los repartos de los objetivos de producción efectuados por el Ministerio entre las dis-

tintas zonas remolachero-cañero-azucareras, reflejan claramente la capacidad de molturación instalada y la dinámica del cultivo en las últimas campañas y tienen fiel correlato en la producción. Su análisis (Vid. cuadro 55) permite comprobar que, entre la campaña 1961-62 y 1971-72, el Ebro pasó de producir 1.343.300 Tm de remolacha a tan sólo 391.300. Por el contrario, la zona Duero incrementó sustancialmente el volumen de sus producciones (de 1.993.000 Tm a 2.886.900 Tm). De manera paralela, las producciones andaluzas manifiestan tendencias contrapuestas según la zona. Así, mientras Andalucía Oriental (zona 2) produce 434.300 Tm en la primera campaña y sólo 270.100 Tm en la segunda, Andalucía Occidental (zona 6) pasa de las 396.500 Tm de la campaña 1961-62 a los 2.359.400 de Tm de 1971-72, con un incremento del 500%; pero además de importante, se trata de un crecimiento muy concentrado en el tiempo, ya que en la campaña 1966-67, dicha zona alcanzó un total de 396.600 Tm, es decir, una cantidad idéntica a la del lustro anterior. Por último, las producciones en la zona Centro apenas se modifican, al pasar de 202.000 Tm a 249.300 en estas fechas.

Así pues, se observa un desplazamiento del centro de gravedad en la producción azucarera (Vid. cuadro 56), en el que tuvieron mucho que ver las empresas del sector, responsables del mayor o menor dinamismo regional, al potenciar o eliminar el cultivo reasentando sus fábricas en unas u otras zonas.

3.º Los reajustes en la capacidad industrial instalada

En la medida en que las producciones comenzaron a resentirse en determinadas zonas se produjo un reajuste en la capacidad de molturación fabril tendente a potenciar las más dinámicas. De esta forma, en 1950 existían un total de 43 fábricas que molturaban remolacha con una capacidad instalada de 36.750 Tm/día; en la década de los cincuenta tan sólo se pierde un establecimiento fabril, el de Veriña. Sin embargo, mientras en el Duero se montan, por traslado, dos

nuevas fábricas, en el Ebro se pierden otras tantas. Esta tendencia, apenas esbozada en esos momentos, se va desarrollar con profusión durante los años sesenta (Vid. figura 32). En efecto, en la zona Ebro se sucede una verdadera carrera por desmontar fábricas: si primero fue la de Calatayud, trasladada a Benavente, le siguieron la Azucarera de la Rioja (Calahorra), la Azucarera del Pilar, la Azucarera del Gállego (ambas en Zaragoza) y la Azucarera Ibérica (Casetas), que realizaron su última campaña en 1962-63. Posteriormente cerraron las de Aragón, en Zaragoza (1964-65), la del Jalón, en Epila (1967-68) y la Azucarera de Monzón, en Huesca (1967-68). Por fin, la campaña 1970-71 será la última de molturación de las azucareras de Carlos Eugui (Pamplona), Alfaro (La Rioja), Terrer, en la localidad del mismo nombre (Zaragoza), y la Azucarera del Bajo Aragón, en Puebla de Híjar (Teruel). Con ello, once de las dieciséis fábricas en funcionamiento en el Ebro a comienzos de los sesenta cerraron sus puertas a lo largo de la década.

Paralelamente, en el Duero se incrementó la capacidad de molturación total merced a la instalación de dos nuevas fábricas, una en Salamanca, que empezó a molturar en la campaña 1966-67, y otra en Valladolid, la Sociedad Cooperativa Onésimo Redondo, A.C.O.R., que lo hizo en la de 1967-68.

Por su parte, en el Sur, las zonas 2.^a y 6.^a conocen una evolución opuesta, con retrocesos y molturación irregular en Andalucía Oriental, como se observa en la Azucarera de Ntra. Sra. del Rosario, que en dicha década molturó tan sólo cuatro campañas, o incluso cierres definitivos, como el de la Azucarera Motrileña en la campaña 1964-65. Pero en Andalucía Occidental se produce un proceso inverso, bien por ampliaciones, bien por nuevas instalaciones. Las tres fábricas sevillanas y cordobesas más antiguas molturaban por encima de las 2.000 Tm/día, a la par que se iban instalando otras nuevas, de tal forma, que en la campaña 1968-69 se readaptaba completamente la de Jerez de la Frontera, la Azucarera del Guadalcacín, la mayor fábrica de remolacha creada hasta entonces en nuestro país, con una capacidad instalada próxima a las 5.000 Tm; en la campaña siguiente, y en la misma

localidad gaditana, se instaló la fábrica azucarera del Guadalete y, una campaña más tarde, se reformó y amplió la fábrica de Arcos de la Frontera, la Azucarera del Jédua. Ya en la década siguiente se instalan las fábricas del Carpio y Azucareras Reunidas de Jaén en Linares.

Por último, en la campaña 1969-70, comenzó a funcionar la Azucarera de La Garrovilla, en la provincia de Badajoz, creada precisamente para absorber las producciones de remolacha de buena parte de las vegas del Guadiana afectadas por las obras de nuevos regadíos adscritos al Plan de Obras, Colonización, Industrialización y Electrificación de la provincia de Badajoz de 1952. El Ministerio de Industria, por Orden de 5 de marzo de 1966, ofreció a la iniciativa privada la instalación de una fábrica que molturase dentro de su área de influencia la remolacha producida en este sector. El grupo Ebro se encargó de instalarla.

Con estas variaciones, en la campaña 1970-71 sólo se molturó el 13,1% del total nacional (7.340 Tm/día) en la zona Ebro cuando en la anterior campaña de referencia ascendía a más del 30%, una disminución a todas luces acorde con el progresivo desmantelamiento fabril que había acontecido. Por su parte, la zona Duero, con 13 fábricas instaladas, se puso en cabeza de las molturaciones en dicha campaña, 20.590 Tm diarias (el 36% del total nacional). Junto a ella, la zona 6, Andalucía Occidental, molturaba ya 16.900 Tm/día, el 30,2%, lo que denota la mayor dimensión y capacidad instalada en sus fábricas. El resto de las zonas reflejan su marginalidad: Centro 1.480 Tm/día (2,6%), y Andalucía Oriental 5.332 Tm/día (9,5%).

A partir de estos momentos, y con una dinámica variable y hasta contrastada, el mapa remolachero del país destaca el papel hegemónico del Duero y Andalucía Occidental.

b) Los factores explicativos de la dinámica espacial

Una vez descrita la dinámica espacial de las superficies remolacheras y de las producciones de azúcar, conviene pasar revista a las causas que justifican tanto la regresión de la zona

Ebro como la “explosión” y el dinamismo de Andalucía Occidental y el auge del Duero.

1.º *La crisis del cultivo en la región del Ebro.*

Los años sesenta marcaron el comienzo del fin de la preeminencia del Ebro en el ámbito nacional. Pero los hechos que explican el declive de esta importante región no son los mismos para todo el conjunto. Por ello, si hemos tratado hasta ahora la región del Ebro de manera global, sólo de forma desagregada podremos entender plenamente las características heterogéneas que denotan dinámicas distintas y hasta contrapuestas.

La raíz más valorada, por su contenido en sacarosa, correspondía a la de la vega alta del Jiloca y sus afluentes, en Teruel, donde, por otra parte, existían menos alternativas de cultivo; su calidad descendía progresivamente hacia la provincia de Zaragoza, así como en las Vegas del Jalón, Sádaba, etc., hasta los alrededores de Zaragoza capital, Villanueva de Gállego, Recajo, Logroño y Cáseda¹⁷. En este último sector, concretamente en Zaragoza, las superficies remolacheras experimentaron en los años cincuenta su máxima expansión, logrando superar, sobre todo en la campaña 1952-53, los niveles de preguerra, y alcanzaron el máximo apogeo en 1962-63. A esta favorable coyuntura para el cultivo (en Zaragoza se llegan a alcanzar las 21.000 ha en dicha campaña), le sucedió otra claramente regresiva, y si durante la década de los sesenta la producción remolachera bajaba desde el índice 100 hasta el 68, la capacidad fabril lo hacía de 100 a 40¹⁸. Casetas, Agrícola del Pilar, Aragón, Gállego, Azucarera del Jalón, etc., fueron cerrando sus puertas y con ello se cercenaron las posibilidades de entrega de remolacha, ya que también se redujeron los contratos y los cupos asignados; el número de cultivadores de remolacha descendió en Zaragoza desde los 20.500

¹⁷ Cf. PEÑA MARTÍN-GONZALEZ, F.: “El azúcar...”, cit., pág. 34.

¹⁸ Cf. ASIN SAÑUDO y otros: *La remolacha y la industria azucarera en la economía aragonesa*, cit., pág. 111.

en la campaña 1959-60 hasta los 10.293 en la campaña 1968-69.

Hay que resaltar que las fábricas del Ebro presentaban una falta de renovación del equipo productivo, una baja capacidad de molturación unitaria y uno de los niveles de utilización más bajos de todo el país, en función de la escasez de materia prima. De ahí la predisposición de las fábricas a cerrar, por resultar antieconómico el mantenimiento de estos bajos niveles de aprovechamiento, cuando, por otra parte, la riqueza sacárica de la remolacha en sus áreas de influencia era más baja que la de otras zonas. En efecto, como se puede ver en los datos adjuntos (Vid. cuadro 57) los rendimientos en azúcar del período 1955-56 a 1959-60, eran notablemente más bajos en la zona primera que en la cuarta y quinta; la riqueza polarimétrica podía variar en más de un 2%, como de hecho ocurrió en la campaña 1959-60, con unos rendimientos en sacarosa del 10,95% en la zona de Aragón, frente al 13,02 y 14,13% en las zonas castellana y leonesa respectivamente. En esa misma campaña, el precio base fue de 850 ptas/Tm de riqueza media; sin embargo, en la zona 1.^a oscilaba entre las 894 ptas para las vegas altas del Jiloca y sus afluentes, hasta las 817 ptas/Tm en la línea de Zuera a Tardienta y a Jaca, Pina de Ebro a Caspe y línea de Puebla de Híjar a Tortosa, pasando por las 845 ptas de Zaragoza y sus arrabales, San Juan de Mozarrifar, Villanueva de Gállego, San Mateo de Gállego y Zuera. Una gran oscilación del precio que se justificaba por la desigual calidad de la remolacha y que contrastaba vivamente con la homogeneidad y riqueza de la raíz en las zonas de la cuenca del Duero, donde, para esta misma campaña, oscilaban entre las 894 y las 889 ptas/Tm.

Esas diferencias de calidad obedecían a la existencia de importantes problemas agronómicos. La falta de una adecuada rotación en los cultivos era la causa de lo que se denominaba el “cansancio” de la tierra, y enfermedades como los nematodos y la cercospora provocaban los bajos rendimientos de raíz y su deficiente calidad industrial; asimismo, existían problemas de nascencia derivados del carácter tenaz de las tierras, que limitaban el desarrollo de la raíz y eran causa

común de la ruina de la cosecha. Esta baja calidad de la raíz movió a los industriales a buscar zonas alternativas, hecho relativamente fácil dada la acusada concentración empresarial en el sector¹⁹ que no tenía interés efectivo en que las producciones se realizaran en una zona u otra, sino donde se obtuviese la máxima rentabilidad. No es de extrañar que las empresas trataran de rescindir sus compromisos con los agricultores con el fin de abandonar o trasladar la actividad, como denuncia el grupo remolachero de Zaragoza contra el comportamiento de la sociedad Azucarera de Aragón²⁰, destacando la negativa de la empresa a entregar semillas a los cultivadores (a los que además se les negaban los derechos reconocidos en los contratos de compraventa), el cierre de básculas de campo, la reducción de las primas, negativas también a firmar contratos, etc.

Por tanto, la industria azucarera estaba perdiendo el interés en la zona por las ventajas comparativas de otros espacios, aunque también por la falta de materia prima. Como, además, los precios de la remolacha habían permanecido estancados durante las últimas campañas de los cincuenta mientras habían subido los costos de producción, los remolacheros del Ebro, generalmente pequeños (la explotación remolachera media era de 0,9 ha según el Censo del 62) y que, a diferencia de los de otras regiones, tenían la posibilidad de dedicarse a otros cultivos más rentables, acabaron abandonando la remolacha. De ahí, la progresiva recesión y el consiguiente cierre de fábricas ante la imposibilidad de molturar cantidades insignificantes; cuando, posteriormente, las coyunturas fueron más favorables, era demasiado tarde para reabrirlas. El golpe definitivo lo dio el sistema de pago por riqueza, pues si con el sistema anterior se compensaba a las zonas de menor riqueza a expensas de las restantes, la nueva valoración comporta unos sobreprecios considerables para las comarcas de mayor rendimiento sacárico y viceversa. De ahí la oposición de los remolacheros zaragozanos al nuevo sistema. El declive, en estas

¹⁹ No hemos de olvidar que en el año 1963, tres de las ocho empresas localizadas en Zaragoza pertenecían al grupo SGA, tres a Ebro y dos a CIA.

²⁰ Cf. ASIN y otros: Op. cit., pág. 116.

condiciones, estaba servido mientras se reorientaban hacia otras producciones de mayor rentabilidad.

Pero si esto sucedía en la provincia de Zaragoza, no ocurría lo mismo en la mayor parte de la de Teruel; en efecto, las vegas del Jiloca y afluentes, así como Turia, Mijares, etc., destacaban por su mayor riqueza, por lo que el cultivo se resintió menos durante esta fase, si bien las superficies remolacheras pasaron de las 5.625 ha cultivadas en la campaña 1959-60, a las 3.760 ha de la 1969-70, conformando un retroceso mucho menor que en el resto de Aragón. También es cierto que en el Jiloca, por ejemplo, la remolacha tenía pocas posibilidades de sustitución (el cereal, la patata y la alfalfa), frente al amplio espectro cultural de las del Ebro²¹, lo que limitaba el cambio de orientación en las coyunturas adversas. De ahí que se reformara y ampliara la azucarera del Jiloca, en Sta. Eulalia, en función sobre todo de la mayor riqueza de la remolacha, aunque más tarde cerrasen las azucareras del Bajo Aragón y del Terrer (1971). Dada su importancia, y una vez superada la máxima crisis durante los primeros años de la década de los setenta, el nivel de producción (que no de superficie, por la importancia y recesión del cultivo en secano) alcanzó sus mayores cotas como hecho excepcional en una región claramente en recesión²²; de hecho, en la campaña 1976-77 y 1977-78 todavía se alcanzaron producciones de más de 118.000 Tm cuando en la de 1959-60, apenas superaban las 93.000 Tm.

Un panorama bien distinto mostraban las zonas del Ebro en Navarra y Logroño; al igual que en la de Zaragoza, se observa un claro descenso de las superficies y, aunque sólo se cierra la fábrica de Calahorra, la regresión del cultivo es evidente. La provincia de Navarra pasó de cultivar más de 9.000 ha de remolacha en la campaña 1960-61, a tan sólo 2.250 en la de 1969-70, llegando a desaparecer prácticamente en 1974-75. Un proceso similar al que tuvo lugar en la provincia de Logroño, donde se pasó de las 8.300 ha de 1959-60 a las 5.000 ha de 1969-70. Las molturaciones eran bajas hasta el punto

²¹ Cf. Id. Ibid., pág. 141.

²² GALVE MARTÍN, A.: "La azucarera del Jiloca: su influencia en Santa Eulalia", *Geographicalia*, núm. 10, abril-junio, 1981, págs. 15-18.

de que en la campaña 1970-71 cerraron las azucareras de Alfaro y de Carlos Eugui. Los bajos precios en relación otros cultivos hortícolas, mucho más rentables y adecuados a las pequeñas explotaciones de regadío, determinaron el progresivo desplazamiento de la remolacha en los regadíos navarros y riojanos. El desmantelamiento de las fábricas supuso, además, un encarecimiento de los transportes, por lo que las coyunturas favorables no eran capaces de enderezar el cultivo.

Una recesión más espectacular aún fue la conocida en estos años en la zona 9.^a, en parte de las provincias de Lérida y Huesca, donde, sobre todo en esta última, el cultivo de la remolacha llegó prácticamente a desaparecer a finales de los sesenta; si en la campaña 1961-62 se cultivaron 4.670 ha, en la de 1969-70, un año después de que la azucarera de Monzón se trasladara a Jerez de la Frontera, las siembras caían a 930 ha²³; con ello terminaba el proceso de desmantelamiento industrial iniciado ya en 1955 cuando cerró la fábrica de Menargüens, en Lérida. Una de las causas fundamentales de estos cierres radicaba de nuevo en la baja calidad de la remolacha, tanto en sacarosa (vid. cuadro 57) como industrial, al resultar una raíz muy leñosa por estar frecuentemente afectada por ataques de cercospora; además hay que resaltar el descenso de las entregas, ya que al agricultor le resultaban más rentables otros cultivos alternativos como el maíz, el sorgo, la veza, la alfalfa, etc. Los precios poco atractivos de la remolacha desencadenaron un círculo vicioso, basado en la escasa producción, la falta de rentabilidad de las azucareras y la necesidad de buscar otras áreas productoras. Es lo que justificaba la actitud reticente de la fábrica a continuar con las contrataciones y las denuncias presentadas por los agricultores, a través del sindicato, sobre las irregularidades en las entregas de semillas, recepción, valoración, etc. Los enfrentamientos de los agricultores con la sociedad debieron de ser fuertes a juzgar por los

²³ Hemos de considerar que los datos son meramente orientativos en tanto que una parte de la provincia está incluida en la zona 1^a, si bien prácticamente todas las tierras remolacheras se pueden englobar, sin mayores problemas, en la zona 9^a.

datos que aporta Asín²⁴, quien señala que la riqueza sacárica no era tan baja como se apuntaba y desde luego insuficiente para justificar el cierre. Por su parte, achacaban la responsabilidad de la mala calidad industrial de la remolacha (enraizamiento) a las semillas suministradas, que no respondían a los requerimientos de una zona afectada por la cercospora.

Sea como fuere, todo parece indicar que la fábrica recién ampliada estaba viendo las potencialidades del cultivo en la zona de Andalucía Occidental, cuyo carácter expansivo y la buena calidad de la materia prima garantizaba su rentabilidad y aconsejaba el traslado, acentuando así el declive del Ebro.

En conjunto, los problemas del bajo precio, unidos al cansancio de las tierras, contribuyeron a la caída de los rendimientos y al desánimo de los remolacheros. A lo sumo, y como contrapunto a este panorama, el cultivo se consolidó en las comarcas más septentrionales, Alava y Miranda, en la zona creada en torno a las azucareras Leopoldo y Alavesa, posteriormente reafirmada con la instalación de la nueva fábrica de Vitoria.

2.º La expansión del cultivo en Andalucía Occidental; la conformación de una zona remolachero-azucarera dinámica y con caracteres particulares

Esta zona destaca por la rápida consolidación del cultivo remolachero y de los negocios azucareros durante los años sesenta, frente a la caída en la zona 2.^a, especialmente en Granada, que tradicionalmente aportaba la mayor parte de las producciones. Así, si a finales de los cincuenta la producción de esta región se situaba en torno a las 425.000 Tm, una década más tarde se había reducido a 324.000, debido al desinterés de los remolacheros hacia el cultivo y su marginación progresiva de las rotaciones: en la década de los sesenta las siembras descendieron desde las 14.330 ha a poco más de 8.000 ha.

Frente a este abandono, la zona 6.^a conoce un fuerte incre-

²⁴ Op. cit., pág.125.

mento hasta consolidarse, a la par que el Duero, como la gran región remolachero-azucarera del país. Un “nuevo” espacio productor, con unos rasgos triplemente peculiares en el contexto nacional: se trata, en primer lugar, de una zona fuertemente expansiva, ya que si en la campaña 1959-60 se cultivaban 21.220 ha y se producían 483.400 Tm de raíz, en la de 1969-70 se habían sembrado ya 102.185 ha y se habían conseguido 1,7 millones de Tm, para pasar a los 2,35 millones en la campaña 1971-72. Un incremento realmente asombroso que, además y como segunda característica, se produjo de manera muy concentrada en el tiempo: en 1967-68 se cambió la tendencia regresiva por otra expansiva, ya que entonces sólo se habían sembrado 20.521 ha, con una producción de 396.600 Tm. Pero quizá sea la tercera característica la más llamativa: se trata de un cultivo desarrollado en los secanos de siembra otoñal. En efecto, mientras en la campaña 1959-60 la proporción existente entre la superficie de regadío y secano era respectivamente del 60% y 40 %, en 1970-71 se situaba en 7,5% y 92,5%, invirtiéndose por completo la tendencia. Y es que el espectacular desarrollo remolachero de Andalucía Occidental durante esta década se asienta en el aprovechamiento de las mayores potencialidades de los secanos, de tal forma que la remolacha cultivada sin riego pasó de 8.500 ha a 94.574 ha.

Pero abundando aún más en estas notas de excepción, la campaña remolachero-azucarera se rige por sus propios parámetros temporales. Así, mientras en las demás zonas la siembra de la remolacha se realiza en primavera para ser recolectada y molturada en otoño e invierno, en los secanos andaluces la siembra tiene lugar en otoño y su molturación se realiza en los meses del estío; es un aspecto peculiar que caracteriza a este espacio y que convierte a nuestro país, junto a Italia, en los dos únicos casos dentro de Europa en los que la producción de azúcar se prolonga, prácticamente sin interrupción, a lo largo de todo el año.

Andalucía Occidental se revela así como una “zona remolachera particular” en el contexto nacional e internacional. Hasta la década de los sesenta la zona 6.^a era un espacio productor de remolacha de regadío al que iban asociados un con-

junto de problemas que la descartaban como zona de potencial expansión; ya a comienzos de los años treinta fue, junto al Duero, una región de “descongestión” frente a la abrumadora densidad de fábricas y cultivo en Andalucía Oriental y Ebro. Entonces se instalaron tres fábricas, dos en Sevilla y una en Córdoba, que unidas a la que ya funcionaba en la primera ciudad desde 1926, los Rosales, aprovechaban las producciones de remolacha de los regadíos del Guadalquivir. Los especiales caracteres climáticos introducían ya un primer factor diferenciador con respecto a otras zonas, en tanto que había que adelantar el período de cultivo —siembra en enero— para evitar los efectos negativos de las altas temperaturas estivales, a la par que se aprovechaban las lluvias primaverales y se eliminaban los costos de riego; de hecho, la recolección se efectuaba en julio y agosto y, obviamente, la molturación no se demoraba debido a las considerables pérdidas e inversiones de azúcar que el calor producía en la remolacha almacenada.

Por otro lado, la riqueza en sacarosa de la raíz era muy baja en relación con otras zonas. Las medias de contenido sacarimétrico de la remolacha andaluza oscilaban entre un 10 y un 12%, lo que supuso un serio perjuicio cuando se puso en marcha el nuevo sistema retributivo. De hecho, en las normas reguladoras de las sucesivas campañas se hacía mención especial a estas comarcas señalando que, en razón de las condiciones climáticas, capacidad de sus fábricas y dificultad de trasvase hacia otras azucareras (precisamente porque se molturaba antes), las cantidades contratables fijadas para dichas zonas serían consideradas como máximas; además, los precios de la remolacha en esta región eran siempre los más bajos de la escala, lo que de nuevo incide en el problema que planteaba su baja riqueza media. Es también significativo el que sistemáticamente se estableciera un precio diferencial para el azúcar producido en sus fábricas, a través de incrementos variables y progresivamente superiores, para primar los menores rendimientos industriales. En este contexto, su potencialidad era muy baja, lo que justifica su carácter marginal hasta finales de los sesenta.

Por ello, una vez comprobado que la remolacha en regadío

y en condiciones “normales” contaba con unos factores adversos que la hacían especialmente inapropiada para el enraizamiento y expansión, su cultivo en secano aparecía altamente prometedor en la medida que las nuevas técnicas y avances en las semillas de siembra otoñal permitían salvar el escollo de su baja riqueza tradicional. La siembra en octubre y noviembre tenía considerables ventajas al aprovechar las precipitaciones de invierno y primavera, suficientes para el desarrollo del ciclo de la raíz, y, por consiguiente, evitar los costos del regadío; por otra parte, las comarcas gaditanas y sevillanas, gozan además de un invierno suave que dificulta o elimina el “espigado”. Ciertamente, las primeras experiencias de adaptación de la remolacha como materia prima sacárica realizadas en Córdoba en 1878 se desarrollaron con el cultivo de siembra otoñal, comprobándose el buen crecimiento de la remolacha, si bien el espigado de las plantas en invierno al emplear semillas convencionales obligó a cultivar en primavera o, como muy pronto, en los primeros meses del año²⁵. El que buena parte de nuestras semillas fueran importadas y el escaso desarrollo de investigaciones propias, pospusieron durante décadas la posibilidad de explotar la potencialidad de los secanos andaluces, dotados de buenos suelos y favorables condiciones para este tipo de cultivo. Los países suministradores, todos ellos centro-europeos, habían desarrollado líneas de investigación tendentes a la mejora de las variedades de siembra primaveral, pero no otoñal. Las experiencias llevadas a cabo en Italia, que gozaba de condiciones similares, y el interés mostrado por algunos grupos industriales nacionales por el desarrollo de esta forma de cultivo, habían permitido la incorporación de los avances conseguidos en materia de semillas, que adaptaban su ciclo vegetativo a las exigencias climáticas, es decir, permitían obviar el problema del espigado y desarrollarse durante el invierno y la primavera evitando los rigores estivales.

Con la nueva técnica de siembra y la modernización sub-

²⁵ Cf. GIL RODRIGUEZ, E. “El crecimiento de tres variedades de remolacha azucarera en siembra otoñal, según épocas de siembra y densidad de plantas”, *El Campo. Boletín de información agraria del Banco de Bilbao*, Enero-Marzo, 1982, núm. 85, pág. 36.

secuente, aplicada tanto al secano —ahora revalorizado— como al regadío, se obtenía una materia prima con una calidad sacárica superior a la conseguida hasta entonces en los regadíos convencionales (aspecto importante en el nuevo sistema de pago); es entonces cuando el cultivo comenzó a ser rentable en Andalucía Occidental y ello explicó la expansión de estos años y el importante despliegue fabril que lo acompañó, instalándose, sobre todo en Cádiz, las mayores fábricas azucareras del país, algunas trasladadas de zonas con rendimientos y potencialidades decrecientes; la ya aludida azucarera de Monzón puede ser un ejemplo expresivo.

Todas las provincias occidentales comenzaron a cultivar remolacha otoñal, desde las ya tradicionales, como Sevilla, donde se pasó de las 9.700 ha en la campaña 1959-60 a las 32.540 ha en 1970-71, o Córdoba, con 4.430 y 16.660 ha para las mismas fechas, hasta las que no tenían tradición alguna, como Huelva, que pasó a cultivar 1.000 ha partiendo de cero tres campañas atrás; pero fue Cádiz la que experimentó el mayor aumento, pues la mitad del total, 51.559 ha, se asentaban en dicha provincia, cuando diez campañas atrás tan sólo sumaba 7.090 ha. Cádiz se convierte en una de las primeras provincias españolas, desbancando incluso a Valladolid y León, por entonces las remolacheras por excelencia. Pero el cultivo en Cádiz no era nuevo, ya que en los años treinta se hicieron intentos por desarrollarlo e incluso se llegó a instalar alguna fábrica en Jerez, aunque los sucesivos resultados adversos en el regadío hicieron que no alcanzara verdadera entidad hasta los años sesenta, período en el que se consolidó merced a los altos rendimientos industriales de la remolacha en secano y a la mayor rentabilidad para el agricultor, pues la elevada riqueza sacárica (18,5%) comportaba mayores rendimientos de azúcar por tonelada²⁶ y a un costo considerablemente inferior; todo ello justificaba que sólo cuando se empezara a pagar por riqueza se dieran las condiciones de rentabili-

²⁶ No obstante, no hay que dejar de apuntar que el contenido en sacarosa elevado no es sinónimo de calidad industrial. De hecho, la remolacha producida en secano tiene notables impurezas que depreciarán su valor oficial.

dad suficiente como obviar los problemas de la aleatoriedad y los bajos rendimientos.

Pero existen otros factores igualmente importantes. Siguiendo a Zoido Naranjo²⁷, la expansión de la remolacha se debería a sus buenas condiciones para adaptarse a un sistema de rotaciones del que comenzaba a desaparecer uno de sus apropachamientos fundamentales: el algodón; de esta forma la remolacha sustituía a un cultivo que había dejado de ser rentable en secano aunque se siguiera cultivando en regadío, y entraba en rotación con los cereales —trigo, cebada—, las leguminosas y el girasol, de reciente expansión. Todo ello, unido a la existencia de grandes explotaciones, fácilmente mecanizables, así como a la mayor disponibilidad de mano de obra y unas condiciones naturales favorables (buenos suelos y precipitaciones distribuidas en cantidad suficiente siguiendo el ciclo vegetativo de la planta), explican la preferencia de los industriales por esta zona y la instalación de fábricas que tiraron de la producción, especialmente en las comarcas de Jerez y Arcos de la Frontera, que capitalizan más de los dos tercios de la remolacha gaditana. Por otro lado, las nuevas fábricas representaban un claro baluarte frente al nuevo contexto que se avecinaba.

En efecto, la revalorización y consiguiente expansión de los secanos andaluces como zona remolachera obedece, en parte, a la estrategia de los grupos azucareros —en especial ECAYA— por crear una área perfectamente adaptada para competir con el resto de los países comunitarios en unos momentos en los que la aproximación a la CE era evidente.

Así, la principal empresa del país, sin descuidar sus instalaciones en el Duero, centró sus objetivos en el Sur. El descubrimiento de la potencialidad existente en los secanos andaluces, una vez superados los obstáculos técnicos para la siembra otoñal y la posibilidad de obviar el recurso al riego en virtud de unas condiciones naturales benignas, aunque aleatorias, supuso el desplazamiento de la mayor parte de los esfuerzos

²⁷ *Panorama actual de la remolacha azucarera en Cádiz*, Ediciones del Instituto de Desarrollo Regional, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1975.

inversores a esta nueva gran zona, como garantía de supervivencia empresarial en el nuevo contexto que se preveía cercano: el Mercado Común. En julio de 1966 el Consejo de Ministros de la CEE acababa de aprobar las bases para la reglamentación del sector azucarero-remolachero y con ella se ponía en marcha una verdadera Organización Común de Mercado (OCM); un conjunto de disposiciones que regulaban precios, cuotas y ayudas con un carácter general para toda la Comunidad eran la base de su articulación, para la que se necesitaba una alta competitividad y fuerte preparación. La firma de estos acuerdos no era desconocida por los técnicos y directivos españoles, muy en contacto con el mundo azucarero europeo, toda vez que la modernización de las fábricas y las mejoras en el cultivo se basaban en técnicas importadas de estos países. Pero, además, existía una clara coincidencia entre la puesta en marcha de la OCM en materia de azúcar y el punto álgido de las negociaciones españolas con la CE desde que, ya en 1959, se marcase el rumbo de una mayor convergencia e integración con el ámbito europeo²⁸; dentro de éste, y resueltas definitivamente las dubitativas posiciones iniciales entre Tratado de Estocolmo (EFTA) o Tratado de Roma (CEE) en favor de este último, con la solicitud en 1962 de apertura de negociaciones, se inició una fase de conversaciones que acabaron con la firma de un Acuerdo Preferencial (el Acuerdo Ullastres) el 29 de junio de 1970. Este proceso, sobre todo a partir de 1966, cuando se puso de manifiesto el deseo de acercamiento de la economía española a la comunitaria²⁹, y la firma posterior del Acuerdo Preferencial, fue concebido en medios económicos como un verdadero Protocolo de Adhesión a la Comunidad. Un hecho que exigía una verdadera reestructuración del sector. La Administración toma la iniciativa con la puesta en marcha, entre otras medidas, del Proyecto de Bases para la Reestructuración del Sector Remo-

²⁸ Palabras pronunciadas por el Excmo. Sr. Ministro de Industria en la inauguración oficial de la VII Feria del Mueble de Valencia, *Economía Industrial*, núm. 69, septiembre de 1969, pág. 8.

²⁹ Cf. TAMAMES, R.: *Estructura económica de España*. Alianza Editorial, Madrid, 1986, 17^a ed., pág. 734.

lachero-Azucarero de 1968. Los grupos azucareros, por su parte, tampoco dejaron de actuar con visión estratégica. En efecto, la reducción de costes era inevitable si se quería competir en dicho contexto y para ello España, que adolecía de unas fuertes deficiencias, estaba escasamente preparada, tanto en lo referente al segmento productor (tamaño de explotaciones insuficiente, poca modernización, etc.), como al transformador (unidades fabriles de poco tamaño, obsolescencia del equipo productivo, etc.). Frente a las zonas tradicionales del Duero y del Ebro, los secanos de Andalucía Occidental se convertían en un verdadero baluarte, capaz de hacer frente al reto comunitario (secanos, grandes explotaciones, riqueza aceptable, etc.). Es en este contexto en el que las grandes sociedades azucareras, y en especial ECAYA, cifran su estrategia en el desarrollo y dinamización del Sur. En esta zona instalan nuevas fábricas, mejor dimensionadas, racionalmente concebidas y siguiendo los parámetros comunitarios. Así, se montan las de la Rinconada (3.800 Tm/día); Jédula (4.200 Tm/día) o Guadalcacín (más de 5.000 Tm/día). Andalucía Occidental se conforma de esta manera como la zona más segura para hacer frente al reto de la integración internacional. Es, pues, un ejemplo bien expresivo de cómo los intereses empresariales eran capaces de implantar y desarrollar un cultivo en áreas completamente distintas de las tradicionales, contribuyendo a afianzar aún más la idea de la remolacha azucarera como “cultivo itinerante”.

Pero el empuje en los secanos andaluces no empaña la consistencia que en estos años adquiere el Duero como zona preeminente en la producción de remolacha. Aquellos proporcionaban la racionalidad y dimensiones óptimas para el cultivo, pero también la aleatoriedad y la variabilidad derivadas de su explotación en secano y su carácter en buena medida “especulativo”, muy dependiente de las condiciones de mercado; frente a estos hechos, el Duero se convertía en la zona remolachera más segura, en la base más sólida sobre la que afianzar el abastecimiento de materia prima. Y por ello, junto con la potenciación de Andalucía Occidental, la zona Duero se reafirma en estos años como el principal cen-

tro de interés para las grandes empresas azucareras. Durante la década de los sesenta aporta entre el 45 y el 55% de la producción nacional de remolacha (Vid. cuadro 58), cifras expresivas de la gran importancia de un cultivo que, desde ahora, será clave en la agricultura del Duero y del que dependerá, en buena medida, el abastecimiento nacional de azúcar.

3. LA DEFINITIVA CONSOLIDACION DEL DUERO COMO LA ZONA REMOLACHERA MAS IMPORTANTE DEL PAIS

A partir de los años sesenta el Duero se convierte en la zona remolachera por excelencia. Las empresas azucareras sabían que se trataba de una región con unas condiciones ecológicas óptimas para el desarrollo, riqueza y calidad industrial de la remolacha. Sabían también que era un cultivo rancio en la región y que existía un “saber hacer” por parte de los cultivadores, pero además, y esto es realmente importante, la expansión del regadío estaba adquiriendo unas proporciones considerables. En conjunto, las zonas remolacheras 1.^a, 2.^a y 10.^a se presentaban como un espacio remolachero bastante homogéneo, con una raíz de alto contenido sacárico en relación con el resto del país, y el cultivo tenía escasas posibilidades de sustitución. Tan sólo los cereales, la patata y la alfalfa se podían considerar como “competidores” globales de la remolacha, aunque en realidad se adaptaban a su sistema de rotación; a lo sumo, en algunas comarcas se podían encontrar alternativas en las judías, maíz y poco más.

Estos hechos suponían un aliciente nada desdeñable para las industrias, porque en situaciones de crisis de rentabilidad para la raíz, los cultivadores iban a tener que contenerse y seguir produciendo, aunque fuera con menores márgenes de beneficios, y por ello, al contrario de lo que sucedía en el Ebro o en el Sur, a garantizar los abastecimientos y a permitir también a la industria seguir manteniendo un elevado nivel de aprovechamiento de su capacidad instalada. Por ello, las